

FRAY LUIS DE BOLAÑOS

Arquetipo del evangelizador rioplatense

Lic. Claudia Carolina Ortiz González

Facultad de Filosofía — Universidad Nacional del Este

claudiaortizcmj@gmail.com · ORCID 0009-0009-8322-3691

«Tu hermano soy... porque te vi perdido, vine al bosque... y te hallé. Viviremos felices como hermanos, en una misma fe. Mi Dios será tu Dios. De tu enemigo tu defensa seré...» Calló fray Luis. Y el indio le responde: «Si hermano quieres ser, junto a tu choza plantaré mi choza, mi piragua tuya es, mis brazos tuyos son, tuyos mis hijos, mi corazón también»¹

I. El arquetipo como categoría histórica

Las historiografías hoy dominantes no tienen lugar para los arquetipos. Todo hombre es, en esa mirada, producto de su coyuntura económica y social; toda virtud excepcional, un caso anormal que la estadística diluye; y si «todos somos iguales» y «nadie es superior a nadie», entonces no hay lugar ni para el héroe ni para el santo, y mucho menos para una figura que condense en sí, con nitidez ejemplar, el sentido entero de una empresa histórica. Esa negación no es ingenua: es la consecuencia obligada de una historia que ha expulsado de sí la pregunta por el sentido, y que por eso mismo ha renunciado también a comprender.

Frente a esa historiografía sostenemos, con Antonio Caponnetto, que el arquetipo es una categoría legítima —y necesaria— del conocimiento histórico: «los arquetipos son la médula de las identidades históricas, condicionan y dirigen tanto las conductas individuales como las colectivas, fijan el rumbo y cautivan las voluntades, comprometen las inteligencias y obligan a una fidelidad renovada. Se comportan como regla y canon. De ahí que en ellos reposa el Orden —son toda una garantía frente al caos— y, en definitiva, en ellos descansa la estabilidad cultural y la salud del cuerpo social»². Proponer a un hombre como arquetipo no es, entonces, un elogio: es formular una tesis sobre la médula misma de una identidad histórica.

«Con San Francisco Solano, fray Luis de Bolaños es la figura más eminente de los misioneros andaluces en las Indias»³. Sostenemos que fray Luis de Bolaños es el arquetipo del

¹Homenaje a Fray Luis de Bolaños, Revista *El Plata Seráfico*, cit. en Fray José Luis Salas, O.F.M., *La evangelización franciscana de los guaraníes (Su apóstol Fray Luis Bolaños)*, Asunción, Ediciones y Arte, 2000, p. 67.

²Antonio Caponnetto, *Los arquetipos y la historia*, Buenos Aires, Editorial Scholastica, 1991, p. 63.

³Sebastián García, cit. en Salas, op. cit., p. 19.

evangelizador rioplatense. Sostenemos, por tanto, que la evangelización del Río de la Plata tuvo una forma reconocible, y que esa forma se manifiesta en él con una nitidez ejemplar. Esa forma se deja describir en cuatro trazos que iremos recorriendo: el dominio de la lengua indígena como puerta del anuncio; la reducción concebida como un orden cristiano —anterior, conviene recordarlo, al que después harían célebre los jesuitas—; la defensa del indio frente a la codicia del encomendero; y, coronándolo todo, una vida de santidad reconocida ya por sus contemporáneos. Los cuatro trazos se dan reunidos en Bolaños con una nitidez que rara vez ofrece la historia.

II. El hombre y su hora: de Marchena al Río de la Plata

Luis Bolaños nació en Marchena, población andaluza a poco más de cincuenta kilómetros de Sevilla, hacia 1550⁴. No se conservan datos sobre sus padres ni sobre su infancia; pero hacia los catorce años, algo se removi6 en aquel muchacho y lo llev6 a golpear las puertas del eremitorio de Santa Eulalia de los Recoletos de Marchena, pidiendo ser admitido a una vida de renuncia. All6 comenz6 una formaci6n de intensa espiritualidad franciscana que completar6 en el convento de Nuestra Se6ora de Loreto —semillero de misioneros, de donde saldr6a tambi6n quien ser6a san Francisco Solano⁵—.

Cuando en 1572 fray Alonso de San Buenaventura recorr6a los conventos de Andaluc6a buscando hombres dispuestos a jugarse la vida por el Evangelio en tierras a6n sin nombre firme en los mapas, encontr6 en Bola6os —veintid6s a6os, todav6a di6cono— a uno de los veinte franciscanos que se embarcaron en Sanl6car de Barrameda el 17 de octubre de aquel a6o, bajo la expedici6n del adelantado Juan Ortiz de Z6rate⁶. Lo que sigui6 fue una prueba de resistencia antes que un viaje: seis meses varados en la isla de Santa Catalina reparando naves malheridas por el oc6ano; la fundaci6n de San Salvador en la boca misma del R6o de la Plata; y, finalmente, el ascenso trabajoso del Paran6 hasta Asunci6n, adonde llegaron el 8 de febrero de 1575⁷. De los veinte que hab6an partido, solo dos —Alonso y Bola6os— llegaron a la Asunci6n; los dem6s hab6an muerto o pasado al Tucum6n.

En Asunci6n, sin convento propio que los cobijara, Bola6os y San Buenaventura se lanzaron a los caminos con lo puesto, aprendiendo a fuerza de itinerancia y pobreza la lengua y el alma de los guaran6es. Fueron a6os de siembra silenciosa, cuyo fruto —la lengua fijada, las

⁴Salas, op. cit., p. 20.

⁵Salas, op. cit., p. 49.

⁶Salas, op. cit., p. 21.

⁷Salas, op. cit., p. 21.

primeras reducciones— tardaría en verse, pero cuya magnitud no escapó a quienes después la estudiaron:

*Los diez primeros años del diácono Luis Bolaños y el maestro misionero Alonso de San Buenaventura, son de una envergadura y riqueza que supera todo elogio e imaginación. Es evidente que ambos llegaron a la admiración y al elogio más justiciero, la inigualable labor llevada a cabo por solo dos frailes, abarcando tanta extensión geográfica y dándole profundidad. Solo una intervención extraordinaria de Dios y una entrega asombrosa desplegada por estos intrépidos y austeros misioneros de los guaraníes pueden ser la razón de tanto éxito.*⁸

Ordenado sacerdote en 1585 por el obispo dominico fray Alonso Guerra —la primera ordenación que se realizaba en la diócesis de Asunción—, Bolaños recibió de él mismo el encargo que definiría el resto de su vida: traducir al guaraní el catecismo aprobado en el Concilio de Lima⁹. Fue la llave que abriría, para toda una civilización, la puerta de la fe.

Ni la edad ni la fatiga apagaron su marcha. Los últimos años de su vida los pasó bajando el Río de la Plata, siempre a pie, siempre hacia adelante: fundó, junto al también andaluz fray Luis Gámez, la reducción de la Limpia Concepción de Itatí —hoy santuario mariano que sigue congregando a multitudes en todo el litoral argentino—, y hacia 1616, ya sexagenario, se hizo cargo de la reciente reducción de Santiago del Baradero¹⁰. Solo al final, «viejísimo y acabado», se retiró al convento de San Francisco de Buenos Aires, donde entregó su vida el 11 de octubre de 1629.

Su vida, así recorrida, no fue la de un misionero de una provincia: fue la de un hombre que hizo del Río de la Plata entero —desde Santa Catalina hasta Buenos Aires, desde Asunción hasta Itatí y Baradero— el escenario de un mismo apostolado sostenido, sin tregua, durante más de cincuenta años.

III. La lengua como camino del alma

La evangelización americana enfrentó tempranamente un problema pastoral concreto: enseñar la doctrina a los neófitos en una lengua ajena producía una fe recitada, no comprendida. En México, según registra José María Iraburu, los indios aprendían la doctrina «en lengua latina

⁸Salas, op. cit., p. 30.

⁹Salas, op. cit., p. 31.

¹⁰Salas, op. cit., p.31

y castellana sin saber lo que dicen, como papagayos»¹¹. Frente a ese fracaso reconocido, el Concilio de Lima —bajo el impulso de Santo Toribio de Mogrovejo— resolvió que la evangelización debía hacerse en la lengua de cada pueblo, criterio que luego se trasladó al Sínodo de la Asunción.

El primero en llevar a la práctica esa evangelización en lengua indígena en el Río de la Plata fue fray Luis Bolaños. Conocedor profundo de la cultura guaraní, adoptó esa lengua y plasmó su decisión en el célebre catecismo que lleva su nombre. Ese catecismo fue aprobado en el Sínodo de la Asunción y se usó en todo el Río de la Plata.

El catecismo de Bolaños fue, además, una obra de fundación en otro sentido: plasmó en letras un idioma hasta entonces ágrafo, que había vivido siglos en la sola oralidad. Así, en el alma del guaraní surgieron por primera vez súplicas al Dios verdadero en su propia lengua: Tupã (Dios), o esa expresión que el Paraguay conserva viva hasta hoy, Ñandejára (nuestro dueño). No fueron fórmulas impuestas desde afuera, como una calcomanía sobre una superficie ajena, sino palabras que brotaron del alma misma de unos neófitos que conocían y abrazaban la fe verdadera. Así se pronunció por primera vez en guaraní el nombre de la Santísima Trinidad: «Tuva, Tayra, Spíritu Santo réra pipé. Amén»¹². Y a la Virgen Santísima, a quien toda la Hispanidad profesa devoción entrañable, se la llamó Tupãsy, Madre de Dios —así como los primeros cristianos, mucho antes, la habían llamado en griego Theotókos.

IV. La reducción franciscana: un orden cristiano antes de los jesuitas

El historiador jesuita Antonio de Egaña afirma que «en el continente hispanoamericano ha de considerarse como fundador del método reduccional al franciscano Luis de Bolaños»¹³. El juicio tiene un peso singular por venir de dentro de la orden que la posteridad terminó por identificar casi en exclusiva con las reducciones: cuando la Compañía de Jesús comience su obra en el Paraguay, hará suyo y llevará a su mayor desarrollo un método que los franciscanos venían practicando desde una generación antes.

Partiendo de Asunción hacia el norte, Bolaños y sus compañeros lograron en 1580 fundar Los Altos, una misión que reunió unos 300 indios. Con ella nacieron las primeras reducciones: San Francisco de Atyrá, San Pedro de Ypané, San Blas de Itá, San Buenaventura

¹¹José María Iraburu, *Hechos de los Apóstoles de América*, p. 409.

¹²Datos e información tomados de Salas, op. cit., p. 187.

¹³Antonio de Egaña, *Historia de la Iglesia en la América Española desde el descubrimiento hasta comienzos del siglo XIX*, Madrid, BAC, 1966, pp. 189-190.

de Yaguarón. Ya sacerdote, en 1597 volvió a misionar en la zona del Paraná, donde fundó San José de Caazapá, con más de 600 familias, y San Francisco de Yuty con otros 600 indios. En total fueron catorce las reducciones formadas entre 1580 y 1615, y diez pueblos más fueron cristianizados —muchos de esos núcleos subsisten hoy—.

El propio Bolaños explicó el porqué de esa empresa: «él y su compañero Alonso se dedicaron entonces a correr la tierra, predicándoles a los indios la ley evangélica, persuadiéndoles a que se redujesen para ser más bien enseñados en las cosas de su salvación»¹⁴.

Egaña señala el criterio que ordenaba esa red de fundaciones: «circundar la capital de reductos cristianos fácilmente evangelizables desde el centro y evitar simultáneamente el incluirlos en la ciudad española, donde perderían su autonomía» —idea que sería, en sus palabras, «el máximo axioma que presidiría toda la obra, y fuente capital del éxito»¹⁵.

El franciscano Antonio Daza, en su crónica de 1611, refiere que antes de las reducciones propiamente dichas, los frailes «levantaron muchas cruces y templos, y solamente en los ríos Picer y Buay, edificaron quince iglesias»¹⁶, hasta que, «porque se pasaba mucho trabajo en juntar los indios esparcidos y derramados por los desiertos y montes, determinaron los religiosos reducirlos a poblados».

Como escribió Raúl A. Molina, las reducciones de Altos, Itá, Yaguarón, Caazapá y Yuty «fueron los nombres gloriosos de las primeras batallas ganadas a la barbarie [...] esta vez sin efusión de sangre, ni el grito destemplado de la guerra, por la sola obra de la noble e inspirada palabra de Bolaños»¹⁷.

Conviene detenerse en la fisonomía concreta de esas fundaciones, porque revela el mismo espíritu que animaba toda la empresa. Cada reducción se organizaba en torno a una plaza central, con la iglesia erigida de forma aislada —a diferencia del modelo jesuítico, que la ubicaba a un costado—; alrededor, el convento de los frailes, las despensas comunitarias, la casa de huéspedes, el cabildo, el hospital y los talleres¹⁸. La economía se sostenía en los bienes comunales y en la producción familiar de los propios indígenas.

¹⁴Fray Luis Bolaños, cit. en Margarita Durán Estragó, *Aporte franciscano a la primera evangelización del Paraguay y Río de la Plata*, p. 173, cit. en Salas, op. cit., p. 152.

¹⁵Egaña, op. cit., p. 190, cit. en Salas, op. cit., p. 142.

¹⁶Antonio Daza, *Crónica general de Ntro. Padre San Francisco y su apostólica Orden*, Valladolid, 1611, págs. 130-132, cit. en Salas, op. cit., p. 151.

¹⁷Raúl A. Molina, cit. en Salas, *Reducciones, creación franciscana de Bolaños en Paraguay*, Villarrica, 1998, p. 6.

¹⁸Salas, op. cit. (2000), p. 153.

Todo en la reducción era sencillo y pobre, salvo la iglesia, ricamente adornada con retablos e imágenes que los mismos indios labraban en talleres de platería, carpintería, herrería, hilado y sastrería —los artesanos de Itá se distinguían, según testimonio de la época, por sus "preciosas cajas y escritorios taraceados con mucho nácar y concha"—. Las celebraciones litúrgicas se acompañaban de coro y concierto, cuyo talento musical dejaba sorprendidos a los observadores. La iglesia de Yaguarón, que aún hoy se conserva, resume ese espíritu: por fuera, muros de adobe apenas distintos de los de una vivienda guaraní; por dentro, un retablo dorado de una riqueza que sorprende a quien no la espera. Pobreza y esplendor, humildad y magnificencia, convivían sin contradecirse —como convivían, en el propio Bolaños, la austeridad del hábito remendado y la magnanimidad.

V. La defensa del indio

La empresa reduccional no fue solo pastoral: nació también de una urgencia moral concreta. Como sabemos, entre los encomenderos, habían los justos e injustos. Ante los abusos de los injustos, los misioneros se enfrentaban con esta realidad: no era posible predicar a Cristo de manera creíble a indios que estaban siendo «vejados y oprimidos por quienes, como ellos, profesaban ser cristianos»¹⁹. De esa contradicción nació la urgencia de crear un espacio alternativo que rompiera el paralelismo entre cruz y espada.

Bolaños lo dijo con sus propias palabras, sin rodeos: no había razón para tratar al indio «como a bestia, pudiendo tratarles como a hombres»²⁰. Esa convicción no quedó en gesto privado ni en frase suelta: se tradujo en incidencia política concreta. Según Salas, «las ordenanzas protectoras de Hernandarias fueron, en gran parte, inspiradas por fray Luis Bolaños»²¹ —es decir, su defensa del indio no se limitó a fundar pueblos, sino que moldeó la legislación misma que debía protegerlos del abuso del encomendero.

Esa misma prudencia se advierte en su criterio pastoral. En su escrito sobre la validez de los matrimonios indígenas, Bolaños se opuso a bautizar a los caciques y a sus pueblos por mera imitación o presión social, cuando el motivo no era la fe sino el simple seguir al jefe: prefería «dejarlos enseñándoles en la fe... y aguardar a que Dios los convierta»²². No sacrificaba

¹⁹Pedro Sierra y Ron, testimonio de 1619, cit. en Salas, op. cit., p. 155.

²⁰Archivo conventual de Buenos Aires, manuscrito dirigido por Bolaños a fray Juan Gamarra, cit. en Buenaventura Oro, *Fray Luis Bolaños. Apóstol del Paraguay y Río de la Plata*, Córdoba, 1934, págs. 118-125, cit. en Salas, op. cit., p. 156.

²¹Archivo General de Indias, Cartas y expedientes del Gobernador de Buenos Aires, cit. en Salas, op. cit., p. 156.

²²Salas, op. cit., p. 156.

la sustancia de la conversión a la prisa por sumar bautizados —un signo, también él, de respeto genuino hacia la libertad del indio.

Conviene precisar, sin embargo, el alcance real de esa defensa: Bolaños no se opuso frontalmente a la encomienda como institución, sino a sus abusos. Cuando en 1611 se ofreció una alternativa concreta —las Ordenanzas de Alfaro, que reemplazaban la encomienda por el pago de un impuesto en moneda—, él se inclinó por mantener la encomienda como mal menor, alegando razones fundadas en más de cuarenta años de experiencia con los guaraníes y su modo de ser²³. Son razones que, si no persuaden del todo al lector de hoy, muestran al menos su sinceridad y su voluntad de favorecer a los indígenas dentro del horizonte de su época: la aceptación de los presupuestos de la conquista y el modelo eclesial de aquel tiempo no permitían ver más allá de ese límite, ni a Bolaños ni a otros apóstoles igualmente conspicuos del Evangelio.

A fray Luis Bolaños bien puede aplicársele lo que dijera Juan Pablo II: que «los discípulos más fieles del Señor han sido artífices de la paz»²⁴.

VI. La síntesis hispano-guaraní

Lengua y reducción, reunidas, muestran el sentido profundo de la obra de Bolaños. No destruyó el mundo guaraní ni lo dejó intacto: lo asumió y lo elevó. Tomó su lengua y sus formas de vida, y las ordenó hacia Cristo sin aniquilarlas. En esto reside la diferencia esencial del modo hispánico de evangelizar: no exterminio ni segregación, sino mestizaje; no yuxtaposición de dominadores y dominados, sino síntesis de la que nacería una estirpe.

Ese propósito no fue una ocurrencia individual de misioneros aislados: estuvo escrito, desde el comienzo, en el instrumento jurídico mismo de la conquista. Las sucesivas capitulaciones reales para el Río de la Plata —desde Mendoza hasta Ortiz de Zárate en 1569²⁵— hicieron cada vez más explícita la obligación de convertir «voluntariamente» y de proteger al indio de todo daño. Como observó García Santillán, la religión había penetrado tan hondo en el alma española que ofender al indio era, en esa conciencia, ofender también a Dios²⁶. El sentido

²³Salas, op. cit., p. 83.

²⁴Salas, op. cit., p. 83.

²⁵Capitulación con Juan Ortiz de Zárate, Madrid, 10 de julio de 1569; véase también las capitulaciones sucesivas con Sanabria (1547) y Rasquín (1557), en Vicente D. Sierra, *El sentido misional de la conquista de América*, Buenos Aires, Ediciones de "Orientación Española", 1942, pp. 161-163.

²⁶García Santillán, cit. en Sierra, op. cit., pp. 161-163.

misional de la conquista no fue, así, un adorno retórico: fue principio de acción que gobernadores como Hernandarias tradujeron en ordenanzas concretas de protección al indígena.

Sostenemos que el Paraguay es el laboratorio más puro de esa síntesis: de la raíz hispánica y de la raíz guaraní brotó un solo pueblo cristiano, bilingüe hasta hoy. Y el instrumento humano de esa fusión, en su hora fundante, fue Bolaños.

VII. El arquetipo y su memoria: santidad, olvido y vigencia

La fama de santidad de Bolaños no nació después de su muerte: lo acompañó en vida, tejida en la memoria de un pueblo que lo vio caminar sus caminos durante más de cincuenta años. Hacia 1607, en medio de una sequía de siete años y de una sublevación guaraní que ya había costado la vida a su discípulo fray Juan Bernardo, Bolaños se acercó desarmado a los indios sublevados en la zona de Caazapá. Le exigieron una prueba del poder de Dios; él señaló una piedra, pidió que la levantaran, y de allí brotó agua —origen de la tradición del Ykua Bolaños, manantial que Caazapá venera hasta hoy—²⁷. Por esos mismos años se le atribuyó también la curación repentina de una india gravemente enferma en Yuty, con solo imponerle las manos²⁸.

Los últimos años de su larga vida lo encuentran todavía en camino, ya no en lo que hoy es Paraguay sino bajando el Río de la Plata. Hacia 1616, con más de sesenta y cinco años, se hizo cargo de la reciente reducción de Santiago del Baradero. Un testigo de la época, el capitán Pedro de Izarra, dejó constancia de las privaciones de esos años finales: el anciano fraile «se sustenta solo con maíz cocido y raíces»²⁹. Permaneció en Baradero cerca de siete años, solo, sin compañero, atendiendo a los indios chaná y de otras naciones que poblaban la reducción, hasta que, «viejísimo y acabado», según el testimonio del síndico Juan de Vergara, se retiró hacia 1622 al convento de Buenos Aires a «lograr el fruto de sus trabajos»³⁰.

Allí murió el 11 de octubre de 1629. La devoción popular que había ganado en vida se desbordó ante su cuerpo expuesto: durante más de treinta horas, por pedido del propio gobernador Francisco de Céspedes, la ciudad entera —«indios y negros», despoblando las

²⁷Dionisio González Torres, *Fray Luis de Bolaños en la cultura paraguaya*, Asunción, 1978; véase también Margarita Durán Estragó, *El hechicero de Dios. Vida de fray Luis de Bolaños*, Asunción, 1994.

²⁸*Ibidem*.

²⁹Información Jurídica de 1619, cit. en Salas, *Selección de documentos franciscanos (S. XVI-XVII)*, Asunción, Ediciones y Arte, 2006, p. 355.

³⁰Testimonio del síndico Juan de Vergara, cit. en Alexis Urquiza, *Fray Luis Bolaños. Datos biográficos y su impronta en la reducción de indios Santiago del Baradero*, p. 15; Diego de Córdova y Salinas, *Crónica franciscana de las provincias del Perú*, ed. 1957, p. 655.

chacras— acudió a besarle las manos y los pies, a tocar sus rosarios, a cortar jirones de su hábito³¹. Lo que sus contemporáneos presenciaron esa noche quedó asentado bajo juramento en la Información Jurídica abierta poco después: pasadas más de dieciséis horas de su muerte, al cortarle una uña, «corrió sangre fina», y el cuerpo permanecía tan tratable y suave al tacto que el médico de la ciudad, Francisco Pablo, declaró que «si no era con particular milagro no podía estar aquel cuerpo tan tratable»³². El prior dominico fray Raimundo de Santa Cruz, que en vida lo había conocido —y que sabía cuánto le dolían las llagas de la edad y cuánto, por ello, olía mal su cuerpo enfermo— atestiguó que, muerto, «olía su cuerpo bien, y movía y convidaba a que lo tocasen y besasen con suma devoción»³³. Cinco años más tarde, al exhumarlo para darle sepultura definitiva, quienes lo hicieron hallaron el cuerpo envuelto en un bálsamo oloroso, sin rastro de descomposición ni de polvo; y quien lo tocó, un gobernador ya curtido en la dureza de la tierra, cayó de rodillas llorando y dijo: «Ahora confieso que este santo es uno de los grandes del cielo»³⁴.

Cuatro años después de su muerte, el Capítulo General de la Orden Franciscana, reunido en Toledo en 1633, dejó constancia oficial de esa fama en la *Tabula Celeberrimi Capituli Generalis*: en el apartado dedicado a los «Varones que han muerto con opinión de Santos», incluyó a fray Luis Bolaños, y concluyó sobre él: «Ha hecho en vida y muerte muchos milagros»³⁵. No era ya la devoción espontánea de un pueblo agradecido, sino el testimonio ponderado de su propia Orden, reunida en el corazón mismo de la cristiandad.

Bolaños es, en la memoria de nuestros pueblos, una figura injustamente olvidada. Y sin embargo, fueron esas llagas que en vida le dolían y le olían mal, ese sudor gastado en maíz cocido y raíces sobre las orillas del Baradero, esos más de cincuenta años de caminar descalzo entre los guaraníes, los que ganaron para el Paraguay y el Río de la Plata el mérito de seguir siendo, hasta el día de hoy, tierra católica. Recuperar su nombre no es erudición local: es reconocer, con gratitud, el precio concreto y humano de una fe que todavía profesamos.

VIII. Conclusión

³¹Información Jurídica de 1629, testimonio de fray Juan de Ampuero, cit. en Salas, *Selección de documentos franciscanos*, 2006, pp. 432-435.

³²Salas, 2006, p. 435.

³³Testimonio de fray Raimundo de Santa Cruz, cit. en Salas, 2006, p. 437.

³⁴Diego de Córdova y Salinas, cit. en Salas, 2006, p. 448 [transmite el testimonio del padre Viqué].

³⁵*Tabula Celeberrimi Capituli Generalis*, convento de Juan de los Reyes, Toledo, 1633, p. 53, cit. en Salas, op. cit. (2000), p. 57.

Sostenemos que fray Luis de Bolaños es el arquetipo del evangelizador rioplatense porque en él, y con una nitidez que rara vez ofrece la historia, se reúnen los cuatro trazos que definen esa empresa: el dominio de la lengua nativa como camino de la fe, la reducción como orden cristiano anterior al que después haría célebre la Compañía de Jesús, la defensa del indio frente a la codicia del encomendero, y una vida cuya santidad los mismos contemporáneos reconocieron y documentaron bajo juramento. No es una biografía más entre otras: es la forma misma que tomó, en estas tierras, la evangelización.

Su figura no pertenece solo al pasado paraguayo: pertenece al Río de la Plata entero, desde Santa Catalina hasta Buenos Aires, desde Asunción hasta Itatí y Baradero. Y su legado no es únicamente un mérito a reivindicar frente al olvido, sino, como enseña Caponnetto, la médula misma de una identidad histórica³⁶: un modelo hacia el que, si se lo conoce, sigue siendo posible converger.

Recuperar a Bolaños es, en definitiva, recuperar la memoria de que estas naciones no nacieron solo de la conquista, sino también de la síntesis paciente entre dos pueblos, obrada por un hombre que, con sus llagas y su sudor, hizo posible que sigamos siendo, hasta hoy, tierra católica.

Bibliografía

- Caponnetto, Antonio, *Los arquetipos y la historia*, Buenos Aires, Editorial Scholastica, 1991.
- Córdova y Salinas, Diego de, *Crónica franciscana de las provincias del Perú*, Washington, Academy of American Franciscan History, 1957 [1651].
- Daza, Antonio, *Crónica general de Ntro. Padre San Francisco y su apostólica Orden*, Valladolid, 1611.
- Durán Estragó, Margarita, *Aporte franciscano a la primera evangelización del Paraguay y Río de la Plata (1538-1824)*, Asunción, Editorial Don Bosco, 1992.
- Durán Estragó, Margarita, *El hechicero de Dios. Vida de fray Luis de Bolaños*, Asunción, 1994.
- Egaña, Antonio de, *Historia de la Iglesia en la América Española desde el descubrimiento hasta comienzos del siglo XIX*, Madrid, BAC, 1966.
- González Torres, Dionisio M., *Fray Luis de Bolaños en la cultura paraguaya*, Asunción, 1978.
- Iraburu, José María, *Hechos de los Apóstoles de América*. Fundación Gratis Date, Pamplona, 2003.
- Molina, Raúl A., *Las primeras reducciones franciscanas y jesuíticas. La enorme gravitación de Hernandarias de Saavedra en sus fundaciones y legislación*, Buenos Aires, 1948.
- Necker, Louis, *Indios guaraníes y chamanes franciscanos. Las primeras reducciones del Paraguay (1580-1800)*, Asunción, Biblioteca Paraguaya de Antropología, Universidad Católica, vol. 7, 1990.
- Oro, Buenaventura, *Fray Luis Bolaños. Apóstol del Paraguay y Río de la Plata*, Córdoba, 1934.

³⁶Caponnetto, op. cit., p. 63.

Salas, Fray José Luis, O.F.M., *La evangelización franciscana de los guaraníes (Su apóstol Fray Luis Bolaños)*, Asunción, Ediciones y Arte, 2000.

Salas, Fray José Luis, O.F.M., *Reducciones, creación franciscana de Bolaños en Paraguay*, Villarrica, 30 de noviembre de 1998.

Salas, Fray José Luis, O.F.M., *Selección de documentos franciscanos (S. XVI-XVII)*, Asunción, Ediciones y Arte, 2006.

Sierra, Vicente D., *El sentido misional de la conquista de América*, Buenos Aires, Ediciones de "Orientación Española", 1942.

Tabula Celeberrimi Capituli Generalis, convento de Juan de los Reyes, Toledo, 1633.

Urquiza, Alexis, *Fray Luis Bolaños. Datos biográficos y su impronta en la reducción de indios Santiago del Baradero*.